

En un “clic” de la cámara

“La marcha del tiempo”

Con el primer número de su revista “Time”, RKO nos ofrece, hasta cierto punto, una nueva forma de periodismo cinematográfico. Su novedad no estriba tanto en la alteración de explicaciones en castellano con títulos en nuestro idioma y parlamentos en inglés, o en algunos enfoques o “mapas mimados” que se presenta con positivo acierto, como en lo doctrinario y lo tendencioso puesto claramente al servicio de estos noticiarios que para la gran masa de público parecieron –“parecieron” hemos dicho – imparciales hasta la fecha.

Comienza este número inicial con un soberano brutote a Sir Brasil Zaharoff, el armamentista, a quien se aplican unos cuantos epítetos no muy agradables por cierto: y termina con un avisito de cómo se la gasta la marina norteamericana en sus maniobras de preparación guerrera que ya, ya. Si en un simulacro son varios los heridos ¿qué no será cuando las cosas se hagan en serio y a toda orquesta? Para atar estos dos cabos – Sir Brasil y las maniobras norteamericanas – se hacen intervenir, en la escena final, al embajador de Japón que protesta muy sonriente por la cercanía del lugar en que se realizan esas maniobras, en el Pacífico, a las costas de su país. “Sí, lo del ensayo está muy bien, dice el hijo del Celeste Imperio, pero la armada es la armada”... “Navy will be navy”...

Una propaganda a bombo y platillo de la “Pan American Airways” en la inauguración de sus viajes a la China integra también esta revista cinematográfica, cuya parte culminante es la presentación de una nueva máquina de toma que, mediante un dispositivo especial, puede filmar 60 veces más rápido que una común y brindarnos así increíbles espectáculos: una paloma que gana en gracia rítmica, con su aleteo, a la Pavlowla: la anticipación por la Naturaleza de la forma perfecta de la coronas reales, obtenida al caer una gota de leche sobre un recipiente lleno del líquido: el movimiento de una voluta de humo al pasar por el espiral de un ventilador.

Pese a todo su subsuelo de política internacional – y casera – esta “Marcha del tiempo” ha de parecer a nuestro público más interesante y más para nosotros que esos noticiarios, hablados en inglés de punta a punta, que se anuncian ¡oh ironía! Como “editados especialmente para el Uruguay”

R.A.D.

“La vuelta del búfalo Bill”

Escenario para un pintoresco espectáculo este del (...) del Coronel **Cody**, con sus vaqueros observadores de caballos, sus tiradores de puntería inverosímil y sus pantomimas de indios atacando carreras de “pionneers” en su gran jornada hacia el Oeste. Escenario para una evocación de aquel público ingenuo, aquel muy relativo esplendor de la gran carpa iluminada a gas y aquellos últimos restos del coraje del siglo XIX refugiados en un picadero.

“RKO”, en una reconstrucción que merece aplauso y que sólo en ninguna escena recurre a telones pintados, recoge un poco de aquella sustancia heroica y aquel primitivo “Deus ex machina” de los mitos circenses en la historia de Annie Oakley la tiradora, número cumbre del “show” de Búfalo Bill, que a tiro limpio se ganó el corazón de un colega, Toby Walker, haciendo desaparecer entre el humo de la pólvora su aparente

fanfarronería y la impertinencia de sus desplantes. Felizmente, son más en el balance final de la película los registros de proezas ecuestres y de tiro que los de notas sentimentales y dramáticas, reducidas a un episodio sin consecuencias que parece calcado de “La canción del Ritz” y que termina en el esperado “clinch” amoroso de héroe y heroína.

Una fotografía correcta de J. Roy Hunt, que sortea con soltura la dificultad de las escenas al aire libre, bajo un sol que cae a chorros sobre tanto balazo inútil y un acompañamiento musical con algún acierto tan fino como ese remedo que la flauta hace del silbido del protagonista en su presuntuoso paseo por los valles del circo, señalan la vigilancia del director George Stevens por los detalles que pudieran realzar la evocación de aquellos tiempos y aquellos personajes revividos a filo de hoja de folletín, sin intenciones de entrar en su contenido psicológico y con el solo propósito de elegirlos de pretexto para un espectáculo. Como siempre en estos casos, entre los detalles mencionados no faltan los de sátira, como aquella larga “pose” colectiva del grupo fotográfico cuyo preparador espera cómodamente sentado la “exposición” de quince minutos.

La elección de la dulce y sensible Bárbara Stanwyck para la Annie Oakley del cuento es un pequeño misterio que en parte podría aclarar, únicamente, su belleza más resplandeciente que nunca esta vez.

Sus compañeros, sin poder adentrarse en un espíritu que les falta a los personajes, dan, como en el caso de Preston Foxter algún volumen a esos sumarisísimos “sketchs” trazados por el argumentista.

R.A.D.

“De la sartén al fuego”

“De la sartén al fuego”... ¡Al fuego! ¡Precisamente al fuego debía haber mandado “Twentieth Century – Fox” este ensayo del “magno color” antes de lanzarlo a los mercados de habla española! Porque ahora que Mamoulian presta atención al problema de animar en el lienzo cuadros de tonalidades neutras y ricas sinfonías de grises y rojos en “Feria de vanidades”, resulta todo un anacronismo el que John Reinhardt nos venga a descubrir los cielos azul bolita y el sonrosado de las mejillas extendiéndose por las paredes y los cortinados de las habitaciones. Esto de los colores pintados a mano lo sabíamos desde que Stasia Napierkowska hacía tartamudear a nuestras mamas en la lectura de nuestros programas, con las complicaciones de un apellido ruso. Y nadie podrá decir que el magnocolor no es una magnífica imitación de aquellas manchas lambeteadas y detonantes con que se estorbaba la contemplación de las aventuras pasionales animadas por la susodicha vampiresa moscovita.

Retroceso de quince años atrás en este género de espectáculo – “El pirata negro” y “El nómada de las pampas” eran infinitamente superiores – “De la sartén al fuego” tiene el agravante de los efectos ya característicos en las cintas en español y que en seis años no han sufrido en Hollywood la más leve mejoría.

Una Rosita Moreno que sigue apareciendo mejorada en el recuerdo de sus apariciones escénicas; un Juan Torena más suelto que en anteriores oportunidades y un Romualdo Tiraldo que no vacila en recurrir al circo siempre que puede (y aún cuando no puede) completa lo principal del reparto en el que aparece como novedad panorámica una rubia de armas llevar que responde al nombre de Corazón Montes. ¿Dónde estás, Corazón?

Discreta e inteligentemente, este mal aventurado ensayo pudo haber nacido en la vida de las carteleras en una sección complementaria: pero no fue así y no habrá quien no se sienta inclinado en la rechifla.

R.A.D.